

VARONES: ENTRE LO PÚBLICO Y LA INTIMIDAD

IV Encuentro de Estudios de Masculinidades

FLACSO - Biblioteca

**José Olavarría
Arturo Márquez
(Editores)**

**Red de Masculinidad/es
Chile**

FLACSO-Chile

UNFPA

ÍNDICE

| | |
|----------------------------|---|
| Presentación | |
| <i>Teresa Valdés</i> | 5 |

| | |
|--|---|
| Introducción | |
| <i>José Olavarría y Arturo Márquez</i> | 9 |

SECCIÓN I

MASCULINIDAD/ES: POLÍTICA, GÉNERO Y DIVERSIDAD SEXUAL

| | |
|---|----|
| Hacer política a pesar de los políticos | |
| <i>Teresa Valdés</i> | 17 |

| | |
|--|----|
| Dominación de género y actores políticos | |
| <i>Mireya García R.</i> | 37 |

| | |
|--|----|
| Obstáculos y alternativas políticas del movimiento homosexual en Chile | |
| <i>Carlos Sánchez</i> | 43 |

SECCIÓN II

MEDIOS DE COMUNICACIÓN, GÉNERO Y MASCULINIDADES

| | |
|--|----|
| Teleseries chilenas: el descubrimiento de lo masculino | |
| <i>Víctor Carrasco Miranda</i> | 63 |

| | |
|---|----|
| La representación de lo gay en la sociedad homofóbica | |
| <i>Héctor Nuñez G.</i> | 71 |

| | |
|--------------------------|----|
| La máquina de gastar | |
| <i>Carlos Ossa</i> | 81 |

SECCIÓN III
SABERES TERAPÉUTICOS: MASCULINIDADES E INTIMIDAD/ES

Los trabajos de Hércules
Gonzalo Pérez 91

Homosexualidad, culpa y cristianismo
Jan Hopman 101

SECCIÓN IV
**LA RED: CONVERSACIONES SOBRE MASCULIDADES ENTRE
LO PÚBLICO Y LA INTIMIDAD**

Los hombres también somos fecundos
José Olavarría 119

Hombres, paternidad y separaciones: buscando igualdad
de oportunidades
Marcelo Rozas Pérez 129

Control, cuerpos y fugas: la construcción identitaria en la disco gay
Juan Pablo Sutherland 147

Los desafíos del VIH/SIDA: Ciencias Sociales y Sociedad Civil
Francisco Vidal 153

LA MÁQUINA DE GASTAR

Carlos Ossa¹

“Cuando la identidad personal está cuestionada a través de los incesantes cambios de sentido y de valores que marcan a la modernidad, cuando los otros se vuelven menos presentes, cuando el reconocimiento de uno se vuelve un problema, aun cuando no sea a un nivel muy grave queda, en efecto, el cuerpo para hacer oír una reivindicación de existencia”.

David Le Breton

Los temas del escándalo, la intimidad y el borde se han convertido en la más reciente materia informativa y anecdótica de los medios nacionales. Narrar miserias, profanar recuerdos, exhibir víctimas y mediatizar el dolor y la ausencia, son artículos repetidos en agendas noticiosas envejecidas por el comentario, el sentido común y la palabra normalizadora. Sería fácil, en todo caso, culpar a la comunicación de estos excesos tan fijos en lo raro, lo emocional o lo exótico y adjudicar a los discursos producidos la condena de la futilidad. Al concentrarnos —exclusivamente— en el funcionamiento de los medios creemos que esto es resultado de una vicaria práctica, organizada por ventajas económicas ansiosas de *scoop* (primicia) y competencia destinada a atrapar audiencias en las mallas del acuerdo y la mercancía. Todo esto ocurre, pero reduce demasiado las cosas y consagra velozmente las profecías autocumplidas que responsabilizan sólo a los medios de la oscurecida forma que toma el mundo en sus relatos.

La importancia dada a lo informativo y a nuevos modelos noticiosos² que rompen el género y apuestan a recreaciones, cámaras ocultas, infoentretención

¹ Profesor Universidad ARCIS, especialista en comunicaciones.

² El caso de “Las Últimas Noticias” es significativo en esta línea: apuesta a contar pequeñas historias que pueden involucrar personajes públicos y también a personas desconocidas,

o “investigación” de submundos, con rutinas alteradas a fin de producir híbridos semánticos y enlazar la ficción con lo verosímil, han logrado reorientar gustos y modos de recepción. Lo social diferido de lo político y lo económico exaltado como principio regulador de todo destino, han contribuido a generar un tipo de proceso comunicacional de extrema exposición de lo personal. El cuerpo y sus múltiples circunstancias se transforman en el texto cotidiano de una sociedad que no tiene puntos de diálogo. Además, el espacio interno de las personas al ser tanto más expuesto que su espacio social, e invadido por múltiples miradas analíticas que provienen de sistemas y aparatos, nos enfrenta a un tipo de vigilancia dócil y ubicua estructurada por la necesidad de saber —dónde— está la gente.

La destrucción sistemática de lo público y su reemplazo por voces institucionales y corporativas financia esta tendencia a lo confesional y fáctico, que aspira a recrear un país de fortunas, prosperidades y éxitos permanentes donde los individuos tienen lugar si juzgan lo ruin y lo culpan, para su rápida desaparición. Lo curioso es que a pesar de una creciente agresividad comunicacional que parece no tener concesiones con ninguna figura del poder, opera un deseo de actualidad y saturación que desgasta el acontecimiento antes de interpretarlo, y lo habitual es vivir en el límite de la conjetura y la opinión.

Las comunicaciones han ido cotidianizando la modernización, o, ciertos procesos de la misma que tienen directa relación con la vida de las personas. Los relatos y las imágenes diarias que circulan por los medios escritos y audiovisuales privilegian la exposición de individuos y desgracias personales; de escándalos y complejas tramas de poder; de milagros y esperanzas posibles. Una “cartelera” confeccionada con lo inusual, apasionado, violento y circunstancial organiza la página diaria de la conversación, el asombro y el miedo. Al parecer uno de los aspectos llamativos de este fenómeno se relaciona con el cambio de eje de la información periodística, que en un doble proceso que la tensiona y disculpa, logra generar una esfera de divulgación de la intimidad personal, junto

y promueve un tipo de imaginación melodramática que describe infortunios, caídas y felicidades básicas, cuya capacidad de vínculo cotidiano es muy eficaz. Ya no se trata de lo excesivo o grandilocuente, sino de lo minúsculo y, por lo mismo, puede afectar a cualquiera. El diario opera con la racionalidad discursiva (Habermas) del consenso en lo común y privilegia una “oralidad moderna” de lo impulsivo y lo “auténtico” que habla desde el cuerpo y de las diferencias que lo marcan.

con, una esfera de denuncia de lo social y político desviado. Pero no se trata de un modo de normalizar lo público, al contrario, se busca noticiar el desorden de lo personal, advertir la permanente fragilidad de la promesa y la inestabilidad de la confianza social.

La insistencia en desplazar lo colectivo por la anécdota particular y transformar en noticia aquello que en otro tiempo se consideraba propio de la vida privada, se podría explicar como resultante de una modificación del contenido de la subjetividad moderna, hoy más abierta a una secularización de los ritos y los comportamientos. Sin embargo, no se puede leer esta condición como el triunfo de una especie de laicismo cínico que ha encontrado vitalidad en el consumo del accidente o la hazaña mínima. Una serie de síntomas van organizando los contenidos y la forma del periodismo y la comunicación, que tiende a mostrar a sujetos, sociedad e historia, complacidos con la uniformidad de la época. Es dable reconocer los siguientes referentes:

- primero, la tendencia a convertir lo popular en plebeyo y reducirlo a su versión más clásica de doble sentido, margen y consagración sexista³;
- segundo, la ausencia de diálogos entre sociedad y poder que permite a la televisión realizar la gestión de un mediador institucional más efectivo por su inmediatez y capacidad de solución⁴.
- tercero, la aparición de un espacio biográfico –de acuerdo a lo indicado por Leonor Arfuch– donde son las personas y sus dramas quienes narrativizan el contenido de la información⁵.

Estos tres puntos funcionan en diversos niveles, pero logran articular discursos y trances en torno a lo privado, alejándonos de aquella oposición histórica que la modernidad hacía explícita entre asuntos de interés general y temas de individuos. Hoy, el escenario tolera múltiples prácticas y actores y crea los formatos y los programas necesarios para visibilizarlos, con una velocidad donde la

³ El Programa “Morandé con Compañía”, en la justificación de recrear la revista nocturna da a la televisión la oportunidad de pacificar lo popular en la extensa sombra de lo plebeyo que sonrío ante lo femenino deseado.

⁴ La interpelación diaria de los matinales de canal siete o trece que denuncian, siguen y piden explicaciones ante abusos, negligencias o demoras, logrando comprometer “soluciones” de autoridades e instituciones, junto con ayuda de particulares y empresas.

⁵ La aparición de los reality-show y su éxito debido a la forma de escenificar el deseo de reconocimiento y afirmación identitaria, al interior de un paisaje marcado por el quiebre de la distinción entre lo creíble y posible.

yuxtaposición formal y temática, permite hacer coexistir lo banal con lo horroroso. Ya no hay una distinción clara y todo alcanza el mismo nivel de espectacularidad y olvido. La interioridad se revela como un nuevo dispositivo de confección de historias y una vasta producción de literatura y diversión mediática fomenta su presencia. Autobiografías, entrevistas-confesiones, publicación de cartas íntimas, memorias, cámaras de vigilancia, reality show, prensa del corazón y el chisme, conforman la bitácora de una sociedad que se entretiene con los detalles oscuros y los secretos descubiertos de famosos y desconocidos.

No es la ficción y sus estrategias de verosimilitud lo deseado, hay un anhelo de realidad cuya demanda se gratifica en ver lo que se encuentra en la orilla, acceder al dato, la parte o el fragmento que falta para conocer lo pendiente. Quizás el ejemplo más claro lo represente el reality show y su emboscada a la intimidad, pues al margen de todo género televisivo clásico, triunfa por su desnudez y cruda veracidad. Desde el directo del estudio nos permite acceder a un grado total de la escena. La anulación de diferencias que el reality-show produce rompe el esquema entre información y narración, pues es teatro y documental, competencia y amistad, vacío y sueño. Frente a los discursos de las vidas-modelo, siempre demasiado perfectas para ser verdad, los reality proponen una acción dramática centrada en el *sí mismo*, pero limpia de militancias heroicas, poderes especiales o virtudes irrepetibles. Interesa mostrar la existencia en aquello que más tiene de evidente y propone un *verismo antropológico*, como respuesta al déficit de credibilidad que la televisión ha sufrido.

DIVIDIDOS POR LA FELICIDAD

La modernización, en Chile, ha fomentado el nacimiento de una nueva sociabilidad marcada por el temor al conflicto, el desencanto utópico, la sospecha por lo diferente y la preocupación por la seguridad. Las maneras cotidianas acentúan la privatización de los accesos, los goces y los mensajes han logrado desplazar –en buena medida– lo político por lo estético. El consumo cultural y comunicacional privilegia, entonces, el cruce entre la desdicha e infelicidad de *ellos* y la ventura y sosiego de *nosotros*. Así, se acrecienta la obligación de enfatizar los emblemas de la tranquilidad y la “buena vida”, de reducir la vulnerabilidad con recetas y simplificaciones, de sanar lo perverso y grosero en el ámbito del “relato terapéutico” donde: “*se nos prescribe, tutorea, monitorea, se nos vigila simbólicamente –a través de los medios, la legislación, la*

escuela, las campañas de prevención, la salud pública, etc.– en la alimentación, la dieta, la salud, la sexualidad, los consumos, los límites y los excesos, en definitiva, en todos los órdenes relevantes de la vida” (Arfuch 2000). El dar cuenta de lo individual y apelar a éste en su obviedad y caída, es según Laurent Berlant, acentuar la idea de “tener una vida”, pero una vida para ser publicada, una intimidad mediatizada.

La modernización acrecienta la fragmentación estructural de la sociedad –ha dicho Norbert Lechner– y la tensión histórica promovida por los especialistas de la transición democrática entre pasado trágico y presente tecnológico, viene a remarcar ese interés por mantenerse fuera de lo colectivamente peligroso y dentro de lo individualmente seguro. Entonces, la privacidad y sus cuerpos concurren a declarar un nuevo signo: la exhibición sin materia o la pura velocidad de las superficies. Así, los cuerpos muestran un estado pasajero de la moda, el dinero, el crimen o la soledad y lo desviante o maligno se relata como un afuera que sucede en los límites de la sociedad, el trabajo de la comunicación es ofrecer indicios y cautelas para saber distinguir su asonada y truco. Informar, entonces se convierte en la capacidad de denunciar “el secreto de lo público” y manifestar la vergüenza de sus negociaciones, pero es una condición de lo público sin texturas políticas, pues ahora son los individuos los sospechosos. Ellos documentan al nuevo tipo de convicto mediático que viene a reemplazar a la política en la tarea de entretener con la “monstruosidad familiar”.

La comunicación y el periodismo asumen a la modernización como la prótesis funcional de lo posible, de esta forma es el realismo que ésta impone a lo narrable, lo decible por un sistema informativo que sólo puede obedecer este designio. Disculpada de lo social y sus abismos, se divierte imponiendo borraduras en su intento de negar la violencia fundante del neoliberalismo nacional. Por ello, su interés no está centrado en exponer los conflictos de la sociedad, al contrario, busca nivelar aspiraciones dando a las personas aquello que les quita su lugar: el consumo.

La masculinidad, entonces, aparece unida a nuevos procesos de significación donde el cuerpo se antropologiza y domestica en las veredas del ornamento, la exaltación, la autoconformidad y la fuerza (contenidos propios de la postdictadura). Se trata de una combinación extrema donde lo masivo de la virilidad unido al control, la exactitud y el cálculo produce unos derechos a la

privacidad que entrega el cuerpo a su puro gasto. La sociedad chilena disciplinada por morales reactivas y leyes sexagenarias se gasta –continuamente– en el cuerpo, convertido ya en el único refugio ante la voracidad de una lógica económica que arrasa enigmas y lugares sagrados.

El carácter narrativo que la comunicación da al cuerpo masculino y femenino se relaciona con la promesa de una estetización que libera de la marca social, el dispositivo ideológico o la cobardía económica⁶. Así, el discurso terapéutico ofrece a través de situaciones ejemplares y testimonios “verdaderos” el catálogo de la medicalización y la tecnologización como los objetos preciados de una resurrección del cuerpo ante la devastación y la “infamia de lo colectivo y sus formas de humillación y vigilancia”. La utopía neoliberal del individuo que se realiza en el biopoder, es a costa de negar una reflexividad sobre el uso y destino de la corporalidad, promovida ésta como una figura de libertad donde el sexo y la vida se tornan espectrales. En vez de ocupar el espacio físico, se invade el corporal y cada uno de nosotros debe de alguna manera, afirmar la obligación de vivir una representación –a cambio– de una identidad: siguiendo a David Le Breton, podríamos indicar que el modelo comunicacional ha logrado hacer circular por la información, la publicidad y el entretenimiento, un cuerpo sin sujeto. Esta liberación de la corporalidad, permite un carácter más pulsional de lo masculino y lo femenino que puede, ahora inventar límites y reorganizar sentidos, asimismo se convierte en el contenido frecuente de reportajes, noticias y curiosidades donde el cuerpo masculino es celebrado por la capacidad de adaptación a nuevas escenas y el femenino es ratificado en la explicitéza de la carne...

El género puede confesar su estado (extravío, demencia o vulgaridad), violentar la norma que lo unía a la “sexualidad correcta” y jugar en las fronteras de lo permitido o, explícitamente, confesar la trasgresión: lo masculino se ha transformado en el espectáculo de su negación formal para aceptar la usura personal del caso raro, es decir, especular con la debilidad de la identidad viril. Nadie es él mismo, la construcción moderna de la unicidad se rompe y es el cuerpo quien absorbe las consecuencias, pero esta posible multiplicidad de las personas no favorece mayor aceptación, sino una especie de pluralismo jerarquizado donde el buen tono de la sociedad democrática chilena es fomentar el

⁶ El desnudo artístico sigue financiando este voto de redención al sugerir que el cuerpo expuesto a su pura materialidad se salva de lo rastroso y fallido, cuando muestra la autenticidad de lo humano.

reconocimiento (la creciente visibilidad de lo “gay”, por ejemplo), pero no la tolerancia. Dicho de otra manera, lo diferente sigue siendo desigual, pero aceptable por su rareza...

Las comunicaciones encierran al cuerpo en su puro evento y hacen circular variados textos –anodinos la mayoría– que dejan sin gravedad los significados y devastan la materia que les dio sentido. En su reemplazo concurren todo tipo de diagramas a definir el lugar de lo masculino y femenino, siguiendo una traza convencional administrada por nuevas tecnologías del rendimiento y la belleza. Los hombres se decoran con las insignias de la propiedad, es decir valen en la medida que producen; su contextura física debe ser proporcional a su capacidad de ganancia que se viste con los íconos de la técnica: celulares, viper, notebook, máquinas de pesas, cosmética facial y corporal, moda y performance. Desde una perspectiva general hay una tendencia a intervenir el cuerpo (el único lugar propio) esperando obtener un saldo de poder (vestirlo con una memoria de lo inmediato) que permita una identidad, sin embargo: *“La nueva moda no da posibilidades, revela todo. Es casi brutal en la firmeza, en la negación de un espacio de imaginación. Es similar al tatuaje, a la descarnadura. Es declarada implacable como un rito de iniciación y la discriminación puede asumir los matices más crueles, porque está basada en la estructura física y la dificultad en modificarla, no en el modelo o en el color de una prenda. El cuerpo se convierte en una suerte de superficie, de tela sobre la cual dibujar, que debe ser cada vez más neutra y lisa, del cuerpo debe quedar sólo la línea, la silueta, el mínimo perímetro. La moda está exasperando el concepto de negación, de renuncia a la condición física”* (Bettetini 1999).

La prensa naturaliza el relato de los cuerpos vencedores y fomenta en torno a ellos un aura biográfica que permite todo y lo opuesto, desde las chismografías de deportistas, políticos o actores hasta desgracias físicas o psicológicas que alteran la rutina de las noticias de variedades. Así, la información sólo es útil si expresa una regularidad mecanizada y represiva de los trastornos o descomposturas de los significantes, es decir si omite lo infame a favor de lo tolerable. Aceptada la culpa los infractores entran en la lectura diaria como accidentes comunes (“a cualquiera le pasa”), el cuerpo produce el punto de contacto entre comunicación y sociedad a partir de un esquema donde las cosas no tienen gravedad y sólo son un texto efímero cuya novedad avanza según el personaje en mérito.

El modelo cultural generado por la transición democrática permite la coincidencia de la identidad psíquica con el peso del cuerpo, el sentimiento de triunfo o aceptación por lo mismo se vincula con distintos matices de esa corporeidad. Lo bello y ejecutivo con una delgadez orgánica que indica autocontrol y suficiencia; lo obeso y libidinal con los excesos de la abundancia y la ansiedad. Los hombres buscan una forma de perfección física sin valores que se traduce en un neomachismo curioso: estilización corporal que se educa con gimnasia, dietas, cirugías estéticas o medicinas alternativas y, reafirmación sexista del dominio de lo público como lugar de hombres y fuerzas. Las mujeres encuentran en el brillo náufrago de la piel la resistencia a la vejez y viven cierta modernidad que no las imagina sólo en el matrimonio, pero la convierte en consumidoras permanentes de sí mismas.

En suma, hay una lógica cultural en la sociedad chilena donde el cuerpo es algo para ser gastado, consumido y perdido en el instante en que se invierte en él todo esfuerzo y economía. Eso permite hacer convivir lo inasible con una nueva saga de individualidades, producidas en el vientre de una sociedad que se divierte porque está de acuerdo, que recicla gustos, tendencias, comidas o actitudes provenientes de referencias culturales globales y materializa las ansiedades de los “chilenos modernos”, destacadas por el discurso periodístico que se concentra en las noticias del nacionalismo deportivo, las morales sexuales, el ímpetu empresarial, los estilos de vida o las mascotas domésticas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arfuch, Leonor (2000) “Público/privado/político: reconfiguraciones contemporáneas”, en *deSignis* N° 2. Gedisa. Barcelona, España.
- Bettetini, G. y Fumagalli, A. (1999) *Lo que queda de los medios. Ideas para una ética de la comunicación*. Editorial La Crujía. Buenos Aires, Argentina.